

LIBRO DE MATEO

Lección 20, Capítulo 6 Continuación

Continuaremos en Mateo capítulo 6, enfocando nuestra atención en la oración del Señor de los versículos 9 al 13. Antes de esta oración de ejemplo que Cristo presentó a quienes escuchaban Su Sermón del Monte, dio a Sus oyentes algunos «sí» y «no» acerca de la oración en general. Primero: no oren de una manera diseñada e intencionada para llamar la atención sobre ustedes mismos. El engrandecimiento personal y presentarse como alguien especialmente piadoso es el problema. Esta actitud es una perversión de lo que debe ser la oración y es lo que hacen los paganos. Segundo: en cambio, oren en privado. Es decir, la oración debe ser algo personal e íntimo entre ustedes y el Señor. La oración es un medio y un privilegio para honrar a Dios y comunicarnos con Él. Y tercero: no divaguen interminablemente usando mantras inventados y frases ritualistas que repiten casi inconscientemente. Tampoco es necesario explicarle a Dios con extremo detalle lo que le están pidiendo, dando como resultado oraciones largas con la esperanza de que cuanto más dure la oración, más los escuchará Dios. La oración (y Dios) simplemente no funcionan de esa manera. Yeshua concluye explicando por qué no se necesitan la elocuencia ni la palabrería. El versículo 8 dice: «...porque su Padre sabe lo que necesitan antes de que se lo pidan».

Aquí tenemos una declaración de la omnisciencia inmutable y universal de Dios. Como seres humanos podemos observar las cosas mientras suceden y sacar conclusiones. Pero solo el Señor conoce cada uno de nuestros pensamientos y también conoce cada una de nuestras necesidades, generalmente antes de que nosotros mismos las conozcamos. Eso es tanto un consuelo como una advertencia.

Por lo tanto, para comenzar el versículo 9, Jesús dice: en cambio, «...oren así». Por favor, observen que no dijo: «Oren ESTA oración». Cuando dice que oren ASÍ, quiere decir de manera semejante. No nos está dando una fórmula para repetir mecánicamente, sino un patrón o modelo que debemos seguir. Algunas personas, cuando oran, oran únicamente el Padre Nuestro, como si fuera un mantra cristiano divinamente establecido. Ciertamente no hay nada malo en orarlo, y especialmente cuando uno está con un grupo de creyentes, casi todos conocen esta oración de memoria, por lo que es maravilloso que todos la oren juntos en voz alta. Así que leamos el Padre Nuestro y después hablaremos sobre su estructura y sobre lo que se nos está mostrando por medio de ella.

LEER MATEO 6:9-13

Me gustaría repasar brevemente y luego complementar lo que dije la semana pasada acerca de las palabras iniciales del Padre Nuestro. Esas palabras son «Padre nuestro». No «Nuestro Dios». No «Nuestro Señor». «Padre nuestro» tiene un significado específico en la Biblia y para el pueblo judío. Primero, el uso del término «Padre nuestro» presenta el concepto de filiación. Es decir, solamente un hijo verdadero tiene el derecho de llamar «Padre» a aquel que tiene autoridad sobre él. Cuando una persona es un hijo, en lugar de un siervo o un seguidor, la relación cambia. El estatus de esa persona se eleva y su posición adquiere una importancia mucho mayor. Por una parte, la herencia que proviene de lo que el Padre posee y gobierna se convierte en una posibilidad. En la esfera divina celestial, el término «Padre nuestro» se utiliza para designar al Padre espiritual de todas las cosas que existen, visibles e invisibles (el Creador, Yehoveh). En la esfera física terrenal, «Padre nuestro» se utiliza para designar al padre ancestral/biológico del pueblo hebreo: Abraham. En realidad, es un término que se usa relativamente poco en el Antiguo Testamento; irónicamente, se utiliza mucho más en el Nuevo Testamento. Los Evangelios registran 65 ocasiones en las que Jesús utiliza el término «Padre» para referirse a Dios. Juan lo utiliza más de 100 veces. Claramente, en el contexto de la oración, ningún judío oraba a Abraham, por lo que el «Padre nuestro» está, por supuesto, dirigido a Dios en el cielo. De igual manera, lógica y racionalmente podemos saber que cuando Jesús se refiere al Padre, de ninguna manera puede estar refiriéndose a Sí mismo. Jesús nunca es llamado Padre de nada. Más bien, la identidad espiritual y física de Yeshua es El Hijo en relación con el Padre. ¿Quién es el Padre? Él es El Shaddai, Yud-Heh-Vav-Hey, Yehoveh, más comúnmente llamado Yahweh, o en español Jehová. Yehoveh NO es Yeshua.

La pregunta es: ¿también estamos orando a Jesús cuando oramos al «Padre nuestro»? Y claramente Cristo instruye que es al Padre a quien debemos orar. Nunca Él, ni ninguno de Sus discípulos, ni ningún escritor del Nuevo Testamento sugieren que debemos cambiar de orar al Padre a orar a Cristo. Aun así, este asunto es en realidad la base de un considerable debate teológico que continúa hasta el día de hoy. El lado del debate que dice «sí», que también estamos orando a Jesús cuando oramos a Dios en el cielo, o que los cristianos deberían orar directamente a Jesús, admite que no existe ninguna cita bíblica directa que respalde tal idea. Más bien, es una doctrina de la Iglesia que se deriva de otra doctrina de la Iglesia llamada la Doctrina de la Trinidad, que entre muchas denominaciones principales afirma que Jesús, el Padre y el Espíritu Santo son coiguales y están unidos de tal manera que son indistinguibles. No deseo explicar mucho más acerca de la naturaleza misteriosa de la unidad

de Dios, aparte de decir esto: a pesar de lo que puedan pensar que me oyen decir, creo firmemente y sostengo que, aunque Jesús, el Padre y el Espíritu Santo son todos atributos divinos de quién es Dios en Su totalidad, es innegable que en la Biblia se habla de ellos como entidades identificables, nombradas por separado, que poseen diferentes atributos y propósitos; no son representados ni se dice que sean iguales en autoridad o conocimiento. Existe una jerarquía definida de autoridad dentro de la Deidad en la Biblia, desde Génesis hasta Apocalipsis, y el Padre siempre está en la cima de esa jerarquía. Él dirige al Hijo y al Espíritu Santo.

Una de las cosas que resulta tan difícil para todos nosotros es la elección de palabras y conceptos humanos que debemos utilizar al tratar de asignarlos a la esencia y sustancia de Dios. Dios nos dio el lenguaje y la capacidad de hablar para que pudiéramos comprenderlo mejor y formar relaciones unos con otros que van mucho más allá del simple instinto animal. Por lo tanto, siempre debemos llevar los términos humanos como Padre e Hijo solo hasta cierto punto cuando los utilizamos para describir las características y atributos de Dios. Sin embargo, al utilizar esos términos, que por su propia naturaleza dependen de la cultura de la que proceden, podemos obtener una mejor idea de cómo discernir quién es Dios, cómo opera y cuáles son Sus instrucciones para nosotros. Por eso, a medida que pasan los siglos y surgen, evolucionan y luego desaparecen nuevas culturas, siempre debemos recordar mantener estos términos y relaciones que leemos en la Biblia arraigados en el pensamiento cultural y en la época histórica de la que proceden. Es cuando eliminamos los elementos culturales e históricos de la Palabra de Dios que ocurren los errores y malentendidos, dando como resultado doctrinas falsas.

Las Escrituras fueron escritas por hebreos y desde una perspectiva cultural hebrea. Por lo tanto, cuando emplean el término «El Hijo», es porque en la cultura hebrea se entiende que un hijo (especialmente el primogénito o el hijo unigénito) ocupa un lugar especial y privilegiado en relación con su padre. Ese hijo tiene derecho a la herencia no solo de las posesiones de su padre, sino también de su autoridad. Mientras el padre todavía vive, puede y a menudo designa a su hijo como su agente que habla en su nombre, y puede darle una medida de autoridad según la definición y presentación que su padre le haya dado. Era y sigue siendo una expresión del Medio Oriente que, cuando se otorga tal condición de «agente» a un hijo, al hablar con el hijo se está hablando con el padre. De manera similar debemos pensar en Yeshua en relación con Su Padre. Es el lente a través del cual debemos interpretar el pasaje del Nuevo Testamento que dice: «El que me ha visto a Mí (Jesús), ha visto al Padre». Si aislamos y sacamos esa frase tan conocida de su contexto cultural

hebreo del siglo I y tratamos de colocarla directamente dentro de la cultura occidental gentil del siglo XXI, entonces suena como si Yeshua estuviera diciendo que Él y el Padre son gemelos idénticos. O que son uno y el mismo, de tal manera que quizá Yeshua no sea más que una aparición física del Padre invisible. O que Yeshua es el Dios nuevo y más joven que reemplaza al Dios antiguo, Yehoveh. Pero ahora escuchémoslo en su contexto bíblico.

CJB Juan 14:6-10 6 Yeshua dijo: «YO SOY el Camino, la Verdad y la Vida; nadie viene al Padre excepto por medio de mí. 7 Porque me han conocido, también conocerán a mi Padre; desde ahora lo conocen; de hecho, lo han visto». 8 Felipe le dijo: «Señor, muéstranos al Padre, y eso nos bastará». 9 Yeshua le respondió: «¿He estado con ustedes tanto tiempo sin que me conozcas, Felipe? El que me ha visto ha visto al Padre; así que ¿cómo puedes decir: “Muéstranos al Padre”? 10 ¿No crees que estoy unido al Padre, y el Padre unido a mí? Lo que les digo, no lo digo por iniciativa propia; el Padre que vive en mí está haciendo Sus propias obras».

Implícito en este pasaje está el concepto cultural judío y del Medio Oriente de la relación entre padre e hijo. Esto se refleja en la respuesta de Yeshua a Felipe: «El Padre que vive en mí está haciendo Sus propias obras». Yeshua encaja perfectamente en el modelo de Su Padre como Su agente que lleva a cabo las obras de Su Padre. Él es la mano derecha del Padre. Él es el Hijo unigénito del Padre. El Hijo ha adoptado completamente la voluntad de Su Padre. El Padre, aunque todavía vive, ha designado a Su Hijo, Yeshua, como Su agente en la tierra y, al hacerlo, le ha dado una medida definida de autoridad (por eso se puede decir que el Padre vive y realiza Sus obras por medio de Su Hijo, Jesucristo). Pero el Padre no es el Hijo, y aunque se dice que el Hijo lleva toda la autoridad de Su Padre para gobernar el Reino, esto de ninguna manera pretende decir que el Hijo ha reemplazado a Su Padre, que el Hijo ha usurpado a Su Padre, que el Padre ha desaparecido de la escena o que el Padre ha renunciado a la autoridad suprema sobre Su Hijo. Lo que les estoy diciendo no es doctrina; esto es Biblia.

Es importante señalar que los pensamientos y conceptos del Padre Nuestro no eran nuevos para quienes escuchaban a Yeshua; ya formaban parte habitual de la sociedad religiosa judía en los días de Cristo. Muchas oraciones judías comenzaban: **Avinu Sh'baShammayim** (Padre nuestro que estás en los cielos). Esta frase inicial identifica aún más a Mateo como un creyente judío. Pero la ausencia de esta frase en la versión de Lucas también identifica a Lucas como un creyente gentil. La versión mucho

más abreviada de algo parecido al Padre Nuestro en Lucas 11:2 comienza simplemente con «Padre». Por lo tanto, no debería sorprendernos que el Jesús judío utilizara una apertura bastante común para una oración judía, y que el judío Mateo naturalmente la registrara de esa manera; mientras que esa misma apertura estándar no habría sido tan familiar ni notable para el gentil Lucas.

David Stern señala que las siguientes dos líneas del Padre Nuestro son muy similares a las palabras iniciales de la oración de la sinagoga llamada **Kaddish**, que dice: «Sea engrandecido y santificado Su gran nombre en todo el mundo, que Él ha creado conforme a Su voluntad, y establezca Su Reino durante vuestra vida». Compárenlo con el Padre Nuestro: «Que Tu nombre sea tenido por santo (santificado), y que venga Tu Reino y se haga Tu voluntad en la tierra...». Por lo tanto, el Padre Nuestro y el **Kaddish** expresan pensamientos casi idénticos.

Sin embargo, al avanzar en la oración, encontramos que de ella surge otro debate teológico cristiano. Se refiere a si la naturaleza de la oración expresa una esperanza futura que apunta a los tiempos del fin y más allá (los estudiosos lo llaman el punto de vista escatológico); o si expresa una esperanza presente con una perspectiva enfocada en el aquí y ahora. Como sucede casi siempre, estas diferencias teológicas exigen una posición absoluta y son discernidas desde la mentalidad gentil occidental. Es decir, el Padre Nuestro es visto como una perspectiva 100 % futura o 100 % presente. Esto no es necesario en absoluto ni es lo que Yeshua tenía en mente. Más bien, aquí tenemos dos significados simultáneos que no son diferentes en sustancia, sino únicamente diferentes en cuanto al período de tiempo. Es decir, ambos significados son verdaderos en determinados momentos de la historia de la redención. El pensamiento hebreo permite tal enfoque.

Cuando Cristo dice: «Venga Tu Reino», esto se refiere tanto al presente como al futuro, porque esa es la naturaleza del Reino de los Cielos. Y observen también de quién es el Reino: es «Tuyo», es decir, del Padre. Yeshua, nuestro Salvador, bien puede gobernarlo; pero le pertenece al Padre, y cualquier autoridad que Yeshua tenga sobre él le ha sido dada por el Padre. El tema de la venida del Reino ya lo hemos tratado anteriormente. El Reino es tanto presente como futuro. El Reino de los Cielos (sinónimo del Reino de Dios) tuvo un punto de comienzo definido.

CJB Mateo 11:11-13 11 «¡Sí! Les digo que entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que Yochanan el Inmensor. Sin embargo, ¡el que es menor en el Reino de los Cielos es mayor que él! 12 Desde los días de Yochanan el Inmensor hasta ahora, el

Reino de los Cielos ha sufrido violencia; sí, los violentos intentan arrebatárselo. 13 Porque todos los profetas y la Torah profetizaron hasta Yochanan».

Así que cuando Juan el Bautista comenzó su misión de anunciar la venida del Señor, ese fue el inicio del Reino de los Cielos en la tierra. En el Evangelio de Lucas vemos que el Reino de los Cielos es tratado de una manera ligeramente diferente.

CJB Lucas 17:20-21 20 Los *P'rushim* preguntaron a Yeshua cuándo vendría el Reino de Dios. Él respondió: «El Reino de Dios no viene con señales visibles; 21 ni podrán decir: "¡Miren! ¡Aquí está!" o "¡Allá está!". Porque, vean, el Reino de Dios está entre ustedes».

Aunque no estoy totalmente de acuerdo con esa traducción, sí lo estoy en lo que respecta a los tiempos verbales. Es decir, el Reino de Dios **ESTÁ** entre ustedes. Está presente ahora mismo. Así que, en el Padre Nuestro, la venida del Reino no significa que todavía no haya venido. Más bien, es como la parábola de Yeshua acerca de la semilla de mostaza.

CJB Mateo 13:31-32 31 Yeshua les presentó otra parábola: «El Reino de los Cielos es como una semilla de mostaza que un hombre toma y siembra en su campo. 32 Es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando crece es más grande que cualquier planta del huerto y se convierte en un árbol, de modo que las aves que vuelan vienen y anidan en sus ramas».

Con el tiempo hablaré más acerca de esta parábola y explicaré en profundidad el uso y significado de las parábolas. Sin embargo, un principio fundamental de las parábolas es que utilizan pensamientos, objetos y actividades culturales de la vida cotidiana de una manera sencilla y general para enseñar la Torah. Y cuando observamos la parábola de la semilla de mostaza, establece una similitud entre la manera en que el Reino de los Cielos aparece en la tierra y la manera en que crece una semilla de mostaza. La idea es que una semilla de mostaza se encuentra entre las semillas más pequeñas y, por lo tanto, su vida como planta comienza en una forma diminuta, casi imperceptible. Uno pensaría que una semilla tan pequeña solamente crecería hasta convertirse en una planta pequeña. Pero, de hecho, una semilla de mostaza crece con el tiempo hasta convertirse en una planta grande, hasta que llega a ser tan grande que las aves pueden hacer nidos en sus ramas.

Así, el Reino de los Cielos ya ha venido, aunque en la época de Cristo era

tan pequeño que apenas podía notarse. Sin embargo, su plenitud definitiva, hasta alcanzar todo lo que Dios pretende para él, está ciertamente en el futuro. Por lo tanto, en el sentido de la interpretación **P'shat**, el Reino de los Cielos en la tierra es una realidad presente. Sus frutos están presentes para que los veamos, si tenemos ojos para verlos. Y, como expresa la oración del **Kaddish**, la esperanza era que todos los que estuvieran vivos (el significado en aquella época era todo judío vivo) fueran parte de él aquí y ahora. Sin embargo, en el sentido de la interpretación **Remez**, el Reino de los Cielos habla de un tiempo posterior en el que todas las criaturas de Dios, en todo el mundo y sin excepción, se inclinarán ante Él y santificarán Su Nombre. Se refiere a un tiempo en el que el Reino entrará en su perfección y plenitud, y nosotros con él. Ese tiempo era futuro para el Evangelio de Mateo y todavía es futuro, aunque más cercano, para nosotros.

Permítanme tomar un momento para recordarles algo que enseñé hace mucho tiempo cuando enseñaba sobre la Torah. La palabra inglesa *holy* (santo) es, en su forma bíblica hebrea original, **kaddosh**. **Kaddosh**, santo y santificado son términos equivalentes. Así que ser santificado significa ser hecho santo. La esencia de esta palabra **kaddosh** es que algo es apartado de todo lo demás. Por lo tanto, puesto que Dios es inherentemente santo... Su misma esencia es santa... Él también es el estándar de santidad... entonces cuando el Padre Nuestro dice «Que Tu nombre sea tenido por santo» (como aparece en la CJB), o en la más conocida KJV «Santificado sea Tu Nombre», la idea no es que el Nombre de Dios no sea actualmente santo, sino que en las mentes y almas de toda la humanidad Dios finalmente sea tenido por santo por cada persona. La venida del Reino de los Cielos con Juan el Bautista inicia ese proceso, que culmina con la segunda venida de Cristo, la destrucción del mal y de los seres humanos malvados, y luego Su reinado de 1000 años.

Hasta ahora, estos versículos pronunciados por Yeshua hablan de la adoración y glorificación de Dios, lo cual debería ser el pensamiento predominante detrás de todas las oraciones. También expresan una esperanza de que la voluntad de Dios se haga en nuestras vidas. Este asunto de que se haga la voluntad de Dios es difícil, especialmente en lo que concierne a la oración. Por lo general, cuando acudimos a Dios en oración es porque queremos algo. Quizá exprese las necesidades de otros; quizá sea por nosotros mismos. Pero ¿cómo podemos saber con certeza que lo que estamos pidiendo está dentro de Su voluntad? Desearía poder darles una explicación sencilla para eso, pero no puedo. Sin embargo, así como Yeshua utilizó una parábola para ayudar a ilustrar Su significado cuando definía algo del mundo espiritual y del futuro que puede ser tan difícil de comprender, creo que el momento en que Cristo

oró antes del día de Su ejecución puede ayudarnos a comprender mejor lo que significa orar conforme a la voluntad de Dios.

CJB Lucas 22:39-44 39 Al salir, Yeshua fue, como de costumbre, al Monte de los Olivos; y los *talmidim* lo siguieron. 40 Cuando llegó, les dijo: «Oren para que no sean puestos a prueba». 41 Se alejó de ellos como a la distancia de un tiro de piedra, se arrodilló y oró: 42 «Padre, si estás dispuesto, aparta de mí esta copa; sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la Tuya». 43 Entonces se le apareció un ángel del cielo que le dio fuerzas, 44 y en medio de una gran angustia oró con mayor intensidad, de modo que Su sudor se volvió como gotas de sangre que caían al suelo.

Observen que comienza Su oración con «Padre» y luego presenta Su petición ante Él. La petición de Yeshua es: por favor, aparta de Mí esta copa. «Esta copa» era simplemente una expresión que significaba aquello que estaba destinado para Él y que estaba a punto de suceder. Y lo que estaba a punto de suceder era Su arresto, brutal tortura y luego una terrible crucifixión. ¿Era algo que Jesús quería soportar, sufrir y morir? Claramente no. El Espíritu Santo que estaba en Él sabía que eso era precisamente para lo que había nacido y que todos los planes de Dios para la redención dependían de ello. Y, sin embargo, Él era un ser humano que conocía el dolor, había visto la muerte de cerca y personalmente, y no la buscaba; por eso sentía una gran aprensión ante lo que se avecinaba. Oró con tanta intensidad sobre esto... Su espíritu en un intenso conflicto con Su carne... que se nos dice que los capilares sanguíneos (supongo que de Su cuero cabelludo y frente) se rompieron y comenzó a sudar sangre. Así que Su propia voluntad era doble: «Padre, te ruego que **no** tenga que hacer esto». Pero también oró para que no se hiciera Su propia voluntad, sino la voluntad de Su Padre. Es decir, si no había otro camino para Jesús que la cruz, entonces la voluntad de Dios prevalecería sobre el instinto y la voluntad humana de Jesús de salvarse a Sí mismo.

¿Qué creyente, al recibir de un médico un diagnóstico muy serio, quizás uno que amenaza la vida, no acudiría al Padre y le suplicaría por sanidad? Y, sin embargo, ¿estamos dispuestos a aceptar que NO ser sanados sea la voluntad del Padre? Aquí hay algo todavía más difícil: tu hijo de 2 años descubre que tiene una enfermedad terminal y dolorosa, y tú acudes al Padre pidiendo que su vida sea preservada. ¿Estás dispuesto a aceptar como voluntad del Padre que ese niño sufra y muera? A lo largo de los años he visto varias personas en situaciones similares que no son sanadas, o que no son libradas de alguna terrible circunstancia, y que se alejan de Dios por causa de ello. Pero la oración de Yeshua en el huerto de Getsemaní es lo que significa orar conforme a la voluntad de Dios.

Pides aquello que quieres... tu voluntad... incluso intensamente... pero al mismo tiempo colocas una prioridad mayor en que se haga la voluntad de Dios, como un asunto de fe y confianza. Y cuando la voluntad de Dios no coincide con la tuya, aceptas la Suya y lo glorificas sin importar el resultado. ¿Por qué? Porque, ciertamente, la voluntad de Dios SE HIZO en la tierra como en el cielo. Y, por cierto, esto no significa que un resultado que te deja en una mala situación sea de alguna manera «lo mejor para ti», pero que simplemente todavía no te hayas dado cuenta. Más bien, en el Padre Nuestro se enfatizan dos cosas: que el Reino de Dios crezca y prospere, y que Su voluntad sea hecha. Y algunas veces aquello que más tememos es una parte desconocida de la realización de Su voluntad y de Su Reino, de maneras que quizá nunca lleguemos a conocer... al menos no las conoceremos de este lado del cielo.

Por lo tanto, cuando oramos el Padre Nuestro, no solamente nos muestra palabras y pensamientos semejantes que debemos expresar en oración, sino también la actitud con la que debemos orar. Recuerden que, justo antes de que Cristo diera Su instrucción sobre qué y cómo orar, dedicó algún tiempo a hablar sobre el motivo y la intención de nuestro comportamiento. Esto es simplemente una extensión de ese principio a nuestra vida de oración.

Al llegar al versículo 11, Yeshua dice que debemos pedirle a Dios nuestro pan de cada día. La palabra griega utilizada para pan es **artos**. Se utiliza de manera similar a la forma en que los judíos utilizan la palabra hebrea **lechem**. Tiene el doble significado de pan, como el producto horneado que consiste en grano, agua y levadura, pero también es una expresión que simplemente significa alimento en general. El pan era el alimento principal en casi todas las comidas de la gente común y, por lo tanto, se utilizaba también para referirse a toda la comida. Creo que algunos predicadores y comentaristas bíblicos se esfuerzan demasiado por insertar significados muy profundos cuando, al menos en el sentido **P'shat**, el significado era sencillo. Es exactamente como aparece en la CJB: es una petición a Dios para que provea alimento, porque tener suficiente comida cada día de ninguna manera estaba garantizado para el judío promedio. Si esto se extiende a algo más profundo o amplio, veo la oración por alimento como representativa de pedirle a Dios que provea las necesidades básicas que todos los seres humanos requieren para existir, al menos por encima del nivel en que viven las bestias del campo. La necesidad de alimento, de un refugio adecuado y de ropa apropiada para el propósito y la estación es una muy buena razón para orar.

Una de las razones por las que creo que Yeshua incluyó esta petición de alimento en Su modelo de oración es que tenía una profunda

preocupación por las necesidades diarias de las personas. Era un hombre del pueblo. Verdaderamente «sentía su dolor». Alimentó a miles mediante medios milagrosos simplemente porque tenían hambre y necesitaban alimento. Sanó a miles de sus enfermedades y de sus discapacidades (también milagrosamente) porque casi no había otro medio para aliviar su sufrimiento. Mucho de lo que logró en la tierra fue para las necesidades físicas humanas aquí y ahora, aunque gran parte de ello también tenía un propósito futuro. Les dijo a Sus discípulos que continuaran haciendo lo mismo: atender las necesidades físicas y espirituales de las personas. Por lo tanto, esta lección de lo que Yeshua nos mostró debe entenderse sencillamente: no está mal orar por nuestras necesidades materiales. Dios conoce nuestras necesidades. En nuestro tiempo no está mal orar para que Dios pueda darte los medios para tener un automóvil confiable; o una casa adecuada; o conseguir un buen trabajo para ganar suficiente dinero para tener esas cosas. No quiero comenzar una lista de cosas materiales apropiadas o inapropiadas por las que debemos orar al Señor, porque las circunstancias son demasiadas y varían demasiado; y ser yo quien juzgue todo esto está muy por encima de mis capacidades. Lo que quiero que todos saquemos de esto es que Dios sí se preocupa por nuestras necesidades humanas diarias en la tierra, en nuestra vida presente, porque estas vidas, incluso dentro de estas tiendas de carne imperfectas y defectuosas, tienen valor para Él. Él nos hizo, nos ama y tiene un propósito para nosotros hoy... en el presente; no solamente en los últimos días y en la eternidad.

A partir del versículo 12 está la instrucción de Yeshua de orar por nuestro propio perdón. Este principio ya estaba profundamente arraigado en la vida religiosa judía. Incluso tenían oraciones bastante estandarizadas en las sinagogas que pedían a Dios perdón por sus faltas. En uno de los varios llamados libros apócrifos encontramos el Libro de Eclesiástico (este NO es el mismo que el Libro de Eclesiastés), que trata acerca del perdón. Este libro fue escrito entre uno y dos siglos antes de la época de Cristo. En el capítulo 28 leemos esto: **«Perdona a tu prójimo el mal que te ha hecho, y entonces tus pecados serán perdonados cuando ores. ¿Acaso un hombre guarda ira contra otro y, sin embargo, busca sanidad del Señor? ¿No tiene misericordia de un hombre semejante a él y, sin embargo, ora por sus propios pecados? Si él mismo, siendo carne, mantiene la ira, ¿quién hará expiación por sus pecados?»**. Por lo tanto, cuando leemos lo que Yeshua dice que nuestras oraciones deben parecer (y recuerden que estaba hablando a judíos), no les está diciendo a sus oyentes que lo habían estado haciendo mal, ni está introduciendo una nueva manera de pensar acerca de la oración. Les está enseñando antiguos «sí» y «no» basados en la Torah.

Les está recordando principalmente cosas que ya les habían enseñado, pero que quizá habían sido relegadas a algo sin importancia u olvidadas por completo. En ocasiones les está enseñando cosas que las sinagogas dirigidas por los fariseos les habían enseñado, pero quizá sus enseñanzas estaban unos cuantos grados desviadas del punto correcto y contenían demasiado de comportamientos centrados en el hombre, en lugar de una intención y un motivo internos centrados en Dios.

La versión CJB de este versículo intenta explicar el significado según lo entiende el autor. Pero más literalmente dice:

KJV Mateo 6:12 «Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores».

Lucas lo expresa de manera ligeramente diferente.

KJV Lucas 11:4 «Y perdónanos nuestros pecados; porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben».

Por lo tanto, en diferentes denominaciones algunos orarán «perdónanos nuestros pecados», mientras que otros orarán «perdónanos nuestras deudas». La realidad es que en la cultura hebrea de aquella época y de épocas anteriores existía una conexión común entre pecados y deudas. Era que los pecados generaban una deuda que se debía a Dios, por lo que era habitual y normal expresar los pecados como deudas. De hecho, el Señor utilizó el concepto de deuda en Sus palabras inspiradas para ayudarnos a comprender Su sistema de justicia.

CJB Deuteronomio 15:2 Así es como debe hacerse la *sh'mittah*: todo acreedor debe renunciar a lo que haya prestado a su prójimo de la comunidad; no debe obligar a su vecino o pariente a devolverlo, porque se ha proclamado el tiempo de remisión de ADONAI.

Este pasaje habla del ciclo de 50 años del Jubileo. Los primeros sabios hebreos siempre consideraron que este pasaje tenía un significado doble: un sentido **P'shat** y un sentido **Remez**. El **P'shat** es que ciertamente existe un tiempo señalado y ordenado por Dios para la liberación de las deudas entre el pueblo hebreo. Y el pueblo de Dios debe practicarlo tal como está ordenado en la Torah. Sin embargo, en el **Remez** habla de la deuda que debemos a Dios a causa de nuestros pecados, y existe un tiempo futuro en el que Dios remite esa deuda y declara que ha sido pagada por completo. En el versículo 12, Cristo también nos presenta un significado doble. En el **P'shat** está hablando acerca de las relaciones entre los seres humanos aquí y ahora, las cuales tienen un efecto directo

sobre la manera en que Dios se relaciona con nosotros aquí y ahora. Establece un intercambio directo. Es decir, puesto que en el Padre Nuestro le pedimos a Dios que nos perdone por nuestras ofensas contra Él en proporción a la manera en que nosotros perdonamos a nuestros semejantes por sus ofensas contra nosotros, la conclusión es que recibiremos conforme a lo que damos. Si perdonamos a nuestro prójimo por ofendernos, entonces Dios nos perdonará. Si no lo hacemos, Él no lo hará. Pero en el **Remez**, esto también habla del perdón definitivo y de una vez por todas que viene mediante la muerte de Cristo en la cruz. Entonces, como creyentes, ¿orar por perdón es algo del pasado? Es decir, puesto que nuestra expiación está completa, ¿es casi incorrecto orar por perdón porque eso estaría negando lo que Jesús hizo por nosotros? No, no lo es.

A pesar de lo que afirme cualquier doctrina teológica, la realidad bíblica es que esta es la forma de oración que Cristo mismo nos dio y Él dice que debemos orar por perdón. No contenía una fecha de caducidad. No existe ningún lugar en las Sagradas Escrituras que diga jamás que debemos dejar de orar por perdón. Es mi opinión que para el creyente continuar orando por perdón, aunque hayamos sido perdonados, sirve para recordarnos y confesarle a Dios que seguimos ofendiéndolo incluso después de haber recibido nuestra salvación. Y en la forma de oración que el Mesías nos mostró, también nos recuerda que debemos perdonar a quienes nos han ofendido. El ejemplo que encontraremos más adelante en Mateo es una maravillosa ilustración de este principio.

CJB Mateo 18:21-35 21 Entonces Kefa se acercó y le dijo: «Rabí, ¿cuántas veces puede mi hermano pecar contra mí y yo tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?». 22 «No, no siete veces», respondió Yeshua, «sino setenta veces siete. 23 Por esto, el Reino de los Cielos puede compararse con un rey que decidió ajustar cuentas con sus siervos. 24 Enseguida trajeron a un hombre que le debía muchos millones; 25 y como no podía pagar, su señor ordenó que él, su esposa, sus hijos y todas sus posesiones fueran vendidos para pagar la deuda. 26 Pero el siervo cayó de rodillas ante él. “Ten paciencia conmigo”, suplicó, “y te lo pagaré todo”. 27 Entonces, movido a compasión por él, el señor lo dejó ir y le perdonó la deuda. 28 “Pero cuando aquel siervo salía, se encontró con uno de sus conservos que le debía una pequeña cantidad. Lo agarró y comenzó a estrangularlo, gritando: “¡Paga lo que me debes!”. 29 Su consiervo cayó delante de él y le suplicó: “Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré”. 30 Pero él se negó; en cambio, hizo que lo arrojaran a la cárcel hasta que pagara la deuda. 31 Cuando los otros siervos vieron lo que había sucedido, se

angustiaron muchísimo; fueron y contaron a su señor todo lo que había ocurrido. 32 Entonces el señor llamó a su siervo y le dijo: “¡Siervo malvado! Te perdoné toda aquella deuda simplemente porque me lo rogaste. 33 ¿No debías tú tener misericordia de tu consiervo, así como yo tuve misericordia de ti?”. 34 Y lleno de ira, su señor lo entregó a los carceleros para que lo castigaran hasta que pagara todo lo que debía. 35 Así tratará mi Padre celestial a cada uno de ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano».

Amigos, esta parábola se aplica a todos los seguidores de Cristo. No sé exactamente cómo estará estructurada la sociedad eterna, pero Yeshua deja claro en el capítulo 5 que habrá una estructura y una jerarquía, porque habrá mayores y menores, y cada uno experimentará la eternidad de una manera algo diferente, aunque todos sean salvos. Habrá diversos criterios de intención y comportamiento real que determinarán dónde encajará cada uno de nosotros dentro de esa estructura, y la cantidad de misericordia que mostremos hacia nuestros semejantes será uno de los principales criterios.

Terminaremos el Padre Nuestro y avanzaremos más en Mateo capítulo 6 la próxima vez.